

IV

Gustavo, que había abandonado á Magdeburgo dos horas después que sus amigos, llegó á Bruselas á las cuatro y media de la mañana. No había querido que su madre fuera á esperarlo á la estación, pero no pudo impedir que lo recibiera en su casa vestida, que se apresurara á cogerle las maletas y que le sirviera el café preparado de antemano. Tomó asiento ante el viajero y le dirigió varias preguntas sobre el resultado de su viaje y los amigos que había encontrado. El profesor contestó por monosílabos, y la madre no insistió más, atribuyendo al cansancio la falta de expansión de su hijo.

Descansó sólo algunas horas y muy temprano entró en su despacho con la cabeza algo trastornada. Se creyó en el caso de escribir seguidamente á Paula á fin de que no pudiera creer que le resultaba tan pronto indiferente. Por un lado, no quería emplear un estilo muy apasionado á fin de poder obrar con la mesura á que creía obligarle la falta que había cometido no diciendo la verdad. Creyó, en consecuencia, que debía adoptar una

fórmula caballeresca y prudente, diciéndole en breves líneas que había llegado, y que esperaba que á ella hubiera sucedido lo mismo; que guardaría siempre un grato recuerdo de los días de Magdeburgo, y que no tenía otro sentimiento que el que aquella dicha hubiese sido interrumpida por una brusca separación.

Aquel mismo día tuvo la agradable sorpresa de recibir una carta de Paula; le había escrito inmediatamente después de su llegada. La carta decía lo siguiente:

«Gustavo mío:

»Llego en este momento; la emoción de los últimos días me ha puesto enferma; estoy completamente rendida; sólo me siento y digo una cosa: que ya no me pertenezco; mis niñas se han puesto muy contentas al verme; he escrito, sin pérdida de momento, á mi querido amigo; ya calcularás lo que he podido decirle, ¿no es eso? Espero hoy carta tuya: has estado en Magdeburgo dos horas, que no podías haber empleado en mejor cosa que en escribirme; tu carta me lo confirmará; espero que gozas de buena salud, en tanto que puedes estarlo hallándote lejos de tu Paula. Te besa los ojos adorados y se entrega en tus manos, Gustavo mío,

»Paula.»

Sintió al leer esta carta arrepentimiento del retraso de que se confesaba culpable. En realidad,

debiera haberle escrito desde Magdeburgo. Hubiera resultado más tierno, más afectuoso, si el mismo día de la separación se hubiese presentado á ella en forma epistolar. Á fin de reparar de algún modo su falta se apresuró á añadir á su primera, que ya había salido, una segunda en la que le explicaba, con mucha más ternura que en la anterior, que no había podido escribirle desde Magdeburgo, porque lo habían secuestrado sus colegas, y le recordaba la letra de la mañana para demostrarle que no había perdido un solo minuto para dedicarse á ella.

El domingo, por la tarde, recibió esta nueva carta de Paula:

«Gustavo, Gustavo mío:

»¿Qué significa esto? ¿qué te pasa? ¿Ayer nada, hoy tampoco?... ¿te ha sucedido algo? ¿estás enfermo? ¿se habrá perdido tu carta? ¿quieres mortificarme? Yo no puedo estar tranquila hasta que no reciba noticias tuyas. Telegrafíame inmediatamente, diciéndome que no ocurre novedad. Quiero creer que sólo se trata de negligencia tuya; si es esto, no cuentes con mi indulgencia ni con mi perdón, infame, querido ingrato.

»Paula.»

¿Le telegrafió? No, no era necesario; dentro de algunas horas habría recibido las dos cartas del día anterior; pero debía escribirle una vez más se-

guidamente, para tranquilizarla de nuevo y reconciliarse con ella definitivamente.

Esperó con bastante impaciencia la contestación de su amiga á sus dos primeras cartas; ¿qué efecto le habrían producido éstas? La recibió al día siguiente. Paula le escribió:

«Mi muy querido Gustavo:

»Recibo en este instante dos cartas tuyas á la vez. No debería decirtelo, ingrato, holgazán; pero ellas me hacen dichosa, y te lo agradezco infinito. Gustavo, adorado mío, tú no me olvidarás.

»Al presente lo sé, y esta creencia me llena de felicidad. Al despertarme por las mañanas te veo ante mí, y por las noches me duermo bajo tus miradas; esto me hace mucho bien. Me siento abatida y triste; yo cojo entre mis manos tu rostro adorado, mientras que tú me miras con aspecto serio, me besas apasionadamente en los ojos y me llamas tu Paula. Lo soy y quiero seguir siéndolo. Que no estés de mal humor y que me conserves tu efecto.

»Paula.»

Las cartas se siguieron recibiendo todos los días; se contestaban á vuelta de correo, aunque sólo fuera por política. Su madre tenía la costumbre de recibir á cuantas personas iban á visitarlo, hasta al mismo cartero. Éste llevó diariamente, du-

rante una semana, una carta, que por ir sin el correspondiente franqueo, se hacía necesario pagarlo. El primer día la señora Bruchstaedt no dijo nada, el segundo se extrañó, el tercero enrojeció de cólera. Llevaba siempre el timbre de Berlín, la misma letra é igual perfume de violeta; el hecho se repitió por cuarta y por quinta vez, y la buena señora se creyó en el caso de no guardar silencio por más tiempo.

—¿Qué extraña correspondencia es esta que sostienes con Berlín, Gustavo? Nos arruina; en tu lugar yo no recibiría esas cartas.

Gustavo se apresuró á recoger la carta, aunque no sin sonrojarse.

—¿Qué importancia tiene semejante bagatela, madre? todo se reduce á veinticinco céntimos.

—No es precisamente por el dinero. Pero ¿quién es ese individuo que ignora que enviar una carta al extranjero cuesta veinticinco céntimos, y de quién es esa letra?

—Un conocimiento que he hecho en Magdeburgo; la cosa no tiene importancia alguna.

Tenía la carta en la mano, pero no la abría, porque su madre la miraba con curiosidad, y al notar que no quería leerla en su presencia, salió despacio, sin pronunciar una palabra.

Esta escena causó á Gustavo una impresión muy desagradable; entre el profesor y su madre no había existido nunca la más ligera diferencia. La señora Bruchstaedt era una mujer sencilla, sin ins-

trucción, pero mujer práctica y dotada de muy buen sentido; adoraba á su hijo; había tenido tres, y era el único que le quedaba y constituía toda su existencia. Hija de unos pobres viñadores de Koenigswiter, se había casado en Bonn con un molinero, que la dejó viuda con dos niños al cabo de diez años de matrimonio. Para no ser gravosa á sus padres, puso un modesto comercio, y emprendió denodadamente la lucha por la existencia de ella misma y de su Gustavo, pues el hermano mayor había muerto de una enfermedad propia de la infancia, como algunos años antes su primer fruto, una niña. Unas veces mejor y otras peor, fué saliendo adelante con su negocio, y aunque al principio las cosas no fueron bien, al cabo le permitieron vivir con algún desahogo. Los talentos de Gustavo fueron reconocidos desde luego, y asistió, siempre sostenido por su madre, primero al colegio y después á la Universidad de su villa natal. Obtuvo los premios de aplicación, y sus progresos eran mayores cada día. La señora Bruchstaedt tenía en su hijo una fe ciega, y no dudaba un instante que su Gustavo concluiría por obtener una cátedra y que se casaría con una mujer rica, lo cual le permitiría hacer por su madre lo que ella antes había hecho por él. El joven perseveró en sus estudios, escribió como ensayo en publicaciones científicas, cuyos trabajos le fueron bien retribuidos; dió conferencias públicas que obtuvieron gran éxito; compuso un manual de anatomía comparada que se

tradujo en varios idiomas, y todavía muy joven era apreciado de sus compañeros y conocido del público, y fué por último llamado á Bruselas. Primero dudó en aceptar el cargo que se le ofrecía, porque no quería separarse de su madre ni por un instante, y llevar á ésta á su edad avanzada á un país donde desconocía la lengua, le parecía muy cruel. La señora Bruchstaedt fué la que puso término á sus dudas. «Tú irás á Bruselas—le dijo con firmeza—y yo iré contigo.» Procuró, no obstante sus años, aprender algo de francés y de ponerse al corriente de las costumbres de aquel país extranjero en cuanto le fué necesario. Se cerró el antiguo establecimiento de Bonn, y la señora Bruchstaedt se estableció con su hijo en Bruselas, en una bonita casa de la calle de Tolosa.

Gustavo, aunque ya se bastaba á sí mismo, continuaba siendo para su madre el niño de siempre cuyos cuidados le eran de todo punto indispensables. Le entregaba íntegro su sueldo, tanto el dinero que le correspondía en los exámenes como sus honorarios de escritor, y sentíase dichoso al ver la alegría con que la buena anciana guardaba aquellas sumas. Sólo necesitaba para sí algún dinero en el bolsillo, que continuaba pidiéndole como cuando era estudiante. Entre madre é hijo no existía ni sombra de secreto; cuando salía fuera á dar una conferencia, la madre le abría la correspondencia, le enviaba las cartas urgentes, y dejaba á un lado las que no eran interesantes: todas las personas

que conocía Gustavo las conocía también su madre, primero de nombre y después por el retrato que el profesor le trazaba. La buena anciana procuraba, si no precisamente comprender sus trabajos, por lo menos interesarse en ellos, y si no le leía las Memorias que enviaba á las Academias, tenía por lo menos que decirle la opinión que le habían merecido á los demás anatomistas y fisiólogos.

Así es que el amor maternal continuaba dando á aquel hombre de treinta y dos años todo el calor solícito que la gallina presta á sus polluelos. No había carta que al recibirla no fuera abierta delante de su madre. Pero al recibir aquella, dejó de hacerlo por primera vez y lo peor era que la desdichada carta, no franqueada, le había demostrado desde los primeros días á la anciana que tenía secretos para ella. Reparar del todo la cosa no era posible por completo, pero contaba, al menos, que á su madre no le llamase la atención el que recibiera una carta diaria. Era necesario advertir á Paula de su olvido, pero esto le resultaba penoso. En vez de dar á la joven, como parecía natural, el disgusto que, á no dudarlo, le causaría la advertencia, sintió, por la primera vez en su vida, una especie de vergüenza por estar todavía á su edad, como si fuera un niño, bajo la tutela materna. Hasta entonces aquello fué su dicha, y le había hecho sentir cierto secreto orgullo; pero, de pronto, cambió por completo y deseó ser menos vigilado y disfrutar de mayor independencia. La libertad que

había necesitado hasta entonces, en su vida tranquila é inocente, no le hacía falta, porque comenzaba á realizar actos que no podía confesar.

Iniciar á Paula en su situación doméstica le repugnaba; no se atrevía á manifestarle lo que con su madre venía ocurriendo, pues temía ser objeto de sus burlas, al enterarse del dominio que aquélla ejercía sobre él. Por otra parte, le irritaba la idea de aparecer á los ojos de su amante como un tacaño, á quien desagrada el sacrificio diario de algunos céntimos, si le rogaba que en adelante franqueara con regularidad sus cartas, sin explicarle el verdadero motivo de la advertencia.

Concluyó, por fin, por decidirse, y aunque en una forma delicada, advirtió á Paula de su olvido, no impidió, naturalmente, que su madre pagara al día siguiente y al otro el franqueo correspondiente por la carta que, oliendo á violetas, llegaba de Berlín con la puntualidad habitual. Los dos días se limitó á poner, sin decir una palabra, la carta sobre la mesa de despacho de su hijo; la pobre anciana, en vista de que no le daban explicaciones, tampoco las pedía.

El tercer día la contestación á su advertencia estaba clara y terminante. Al leerla, creyó ver y oír á Paula en la lancha de vapor del Elba. Le decía en pocas palabras, y en estilo seco, que le había sido gravosa y que le enviaría inmediatamente el dinero. Había creído que sus cartas tenían para él cierto valor; pero su última le había hecho

adquirir la certeza de que aquel valor no alcanzaba para él á la suma de veinticinco céntimos.

Tamafia injusticia le indignó. No contestó á aquella epístola y no escribió tampoco al día siguiente, lo cual le resultó fácil, porque Paula, por su parte, también guardó dos días de silencio. Esta tregua le resultó, realmente, agradable. Hasta entonces, en contra de su primera resolución, había obedecido á un capricho de Paula, que quería recibir todos los días carta suya. Gustavo pensaba aprovecharse de aquella circunstancia para romper con la costumbre.

Tres días después, una mañana, terminada la lección—era uno de los primeros del invierno—, estaba ocupado en el laboratorio de la Universidad, cuando entró su madre de pronto y le entregó un telegrama que acababa de recibir. En otro tiempo, la buena señora lo hubiera abierto sin dudar un instante, pero entonces una cuestión de delicadeza se lo impedía: su hijo tenía, indudablemente, secretos para ella; pero como no era costumbre que el profesor recibiera telegramas, le llamó la atención y quiso llevarlo por sí misma, para saber inmediatamente si no se trataba de alguna cuestión desagradable.

Gustavo, enrojeció, cogió el telegrama, lo abrió seguidamente y leyó:

«Mi bien amado, ¿qué te ocurre? ¿Por qué me martirizas? Soy muy desgraciada desde que no recibo carta tuya.»

Mientras leía, la señora Bruchstaedt lo miraba con ansiedad.

—Nada de particular—dijo, forzándose por sonreír.

Y se guardó el telegrama en el bolsillo.

Su madre continuó ante él, con aire de duda; sus labios parecía que iban á formular una pregunta, pero guardó silencio. Gustavo cambió de conversación, y pasados algunos minutos se marchó la anciana. La acompañó hasta la puerta y creyó notar que tenía húmedos los ojos.

Su primera impresión, después de haber leído repetidas veces el despacho que acababa de recibir, fué de disgusto. Siempre sus repetidos caprichos; siempre su irreflexivo egoísmo. Paula no quería decirse que vivía para ella sola; que los telegramas debían necesariamente llamar la atención de los que le rodeaban y que daban pretexto á preguntas y respuestas. Sin embargo, después de examinar de nuevo el telegrama que tenía en sus manos, se sintió más indulgente, y se dulcificó algo su enojo. Era realmente cariñosa aquella pobre Paula, con sus violentos transportes infantiles y su cándida inocencia, con todos sus detalles accesorios, desde el momento que se trataba de su pasión. La joven amaba y sufría. Los ojos húmedos de su madre habían desaparecido por completo en el campo visual del alma de Gustavo, que sólo veía el semblante pálido y delicado de Paula, con su aspecto triste y sus grandes ojos azules. Sin pérdida de

momento corrió á la estación telegráfica y expidió el siguiente telegrama:

«Estaba enojado, porque tú lo estabas. Te escribiré hoy mismo: confía en mi amor.»

Desde aquel día se reanudó la correspondencia cotidiana. Si Gustavo, por casualidad, por tener mucho trabajo escribía más breve ó no escribía, seguidamente recibía quejas, súplicas, censuras.

«Escribeme todos los días mucho, mucho—decía Paula unas veces—. Tú no sabes lo que es para mí una carta tuya.» «No comprendo—escribía otra vez—cómo puedes dormir sin haberme visto. Esto te hará experimentar hasta un sentimiento de orgullo, al saber que tienes el poder de hacer dichosa á un alma humana con sólo enviarle algunas líneas trazadas por tu mano. ¿No conoces que esto te impone un deber?»

Las cartas de Paula eran cada vez más extensas, ocho páginas, que concluyeron por resultar la medida ordinaria. Refería en ellas hasta los más insignificantes detalles de su vida; disensiones con su propietario, las frases malsonantes pronunciadas por sus criados, cartas de Riga poco afectuosas. Le daba cuenta de las visitas que hacía y las que recibía, de cada periódico ó libro que leía, que iba frecuentemente á las reuniones y no olvidaba dar cuenta que había llamado la atención su tocado, quién y cómo le había hecho la corte y de los que se habían prendado de ella hasta enloquecer. Y cuando esta vanidad infantil comenzaba

á impacientarle, se encontraba seguidamente tranquilizado por las líneas que seguían, en las que Paula le repetía cuánto le amaba y cómo en medio de aquella multitud que se agitaba á su alrededor, no veía otro semblante que el suyo ni oía otra voz que la suya encantadora. Poseía el don especial de manifestar su amor siempre de un modo nuevo, en términos diferentes, á la vez jocoso y serio, engañoso ó conmovedor, con exageraciones originales, con giros sorprendentes, y muchas veces con una naturalidad sencilla y encantadora, como una joven enamorada por primera vez. Y en ninguna carta dejaba de ocuparse de la persona de su amante; le decía que era hermoso, simpático, interesante; que tenía los ojos seductores y soñaba que acariciaba con sus manos su espesa y perfumada cabellera y su barba sedosa.

Estas adoraciones no dejaban de hacer efecto en Gustavo; no era menos vano que cualquiera otro, y tenía el convencimiento de que su figura era bastante agradable. Su madre, á falta de otra persona, se lo había hecho aprender á fuerza de repetirlo. El profesor no le había dado hasta entonces á aquello ninguna importancia; sin embargo, comenzaba á estar satisfecho de sí mismo. Los elogios de Paula despertaron en su alma el orgullo de los sentidos, se jactaba de ser un joven hermoso, digno amante de una mujer tan linda como ella: esperaba con impaciencia la hora en que debía llegar su carta de Berlín. Saboreaba con profun-

da satisfacción la miel que Paula le vertía en cada una de ellas; leía siempre aquella carta dos ó tres veces y otras más todavía, para quedarse plenamente convencido de que se había enterado de todo, para saborear una de aquellas palabras de amor y de adoración, así como un niño goloso apura hasta lo último una taza llena de crema. Contestaba siempre bajo la impresión de la carta de Paula, y procuraba rivalizar con ella y hasta excederla si era posible. Mitad intencionadamente y mitad intuitivamente, empleaba el método que, puesto en práctica por Paula, daba tan magníficos resultados; apreciaciones aduladoras de sus méritos personales, frases de amor cargadas de electricidad, encaminadas á producir la excitación que puede causar en el cuerpo el rozamiento de una mano atrevida. Esto resultaba un gran sacrificio para nuestro profesor, que en medio de sus numerosas ocupaciones necesitaba encontrar el tiempo necesario para la confección de aquella carta cotidiana, pero desempeñaba este nuevo deber con un celo y una satisfacción mayor cada día. Unía á toda esta serie de sentimientos la satisfacción del hombre que ha logrado inspirar una verdadera pasión á una mujer fría y calculadora, coqueta y rodeada de adoradores; el deseo de avivar, si era posible, aquel amor más todavía, constituía lo que pudiera considerarse como una cierta vanidad de autor, porque al escribir lo hacía con intención de producir efecto, para lo cual buscaba constantemente modo de en-

contrar nuevas formas para resultar seductor, y cuando creía haberlo hecho de un modo hábil y oportuno, esperaba con impaciencia conocer el resultado que había producido: seguía con el pensamiento á la carta en su camino; había llegado á Colonia después á Berlín; Paula la abría en aquel momento y comenzaba su lectura: ¿qué efecto le causaba? ¿proyectaba de placer ó se sonreía? ¿latía su corazón con violencia? ¿cuántas veces la había leído?

El resultado de todo esto era que la imagen de Paula ocupaba durante todo el día su imaginación por completo, y la joven se las componía de modo que no hacia otra cosa que pensar en él. En cuantas caras dirigía Paula al profesor, entre el entusiasmo delirante que le manifestaba, siempre hallaba modo de intercalar una súplica ó una petición cualquiera; al principio, las súplicas eran perfectamente inocentes y venían á constituir una nueva forma de ternura. Un día le envió en la carta un bucleto de sus hermosos cabellos, reclamando en cambio «por lo menos, cuatro veces otros tantos cabellos de él, puesto que eran cuatro veces más cortos».

La costumbre de la fría observación, que no dejando tener los naturalistas por un solo instante, hizo que Gustavo se fijara inmediatamente, á examinar el regalo, que cada cabello poseía su raíz. El bucle no había sido cortado de la cabellera, sino formado de los que había ido saliendo al peinarse, y que seguramente había ido reuniendo con un

cuidado digno de mejor causa. Comenzó por desagradarle aquello, porque, á decir verdad, la cosa, por más vueltas que se le diera, era para él algo á que no estaba acostumbrado, pero concluyó por sonreirse, y no pudo menos de admirar aquel ingenio femenino que sabía con habilidad tal hacer que pasara por un sacrificio lo que en realidad no lo era. Otra vez le envió su retrato y le pidió el suyo, pero que no fuera ninguno de los que había visto en casa de los Baerwald, que se hiciera uno expresamente para ella, en la misma actitud que cuando le repetía que la amaba. Ir á casa de un fotógrafo para retratarse, exigía perder algún tiempo, del que no podía disponer el profesor. Le contestó, con algo de indiferencia, que tan luego como tuviera ocasión, iría á casa de un fotógrafo, y conforme á sus deseos, se haría un retrato exclusivamente para ella. No pudo aplaudirse esta contestación; la de Paula, como puede verse, nada tenía de amable, ni menos de cariñosa:

«Cuando yo te hago el honor de pedir que te hagas un retrato para mí—le decía—, no es para cuando *tengas ocasión*, sino para que lo realices *inmediatamente*, ¿lo sabe usted, señor profesor? No acepto excusas de ninguna índole. Tú no puedes absolutamente tener cuidados más importantes que el de satisfacer un deseo mío; y como castigo á tu falta te impongo un nuevo trabajo que te costará también tiempo: es preciso que para mí encuentres siempre tiempo.»

Y le enviaba una lista de cuatro ó cinco libros franceses, seguramente más fáciles de encontrar en Bruselas que en Berlín, y á menos precio, repitiéndole y rogándole que se los enviara aquel mismo día.

Después de los libros le pidió flores artificiales, guantes de determinado tamaño, frascos de sus perfumes favoritos y otras cien cosas por el estilo, con el pretexto de que eran mejores y costaban más baratas en Bruselas que en Berlín.

Gustavo ignoraba esto, pero de lo que tenía seguridad era de que todas aquellas cosas le resultaban bastante caras; todo ello tenía que pagarlo de su bolsillo, y como éste no estaba muy lleno para poder permitirse los costosos galanteos de un aristócrata enamorado, tenía que recurrir á su madre con demasiada frecuencia en demanda de dinero, cosa á que hasta entonces no estaba acostumbrada aquella sencilla mujer, que había llevado siempre la economía hasta el extremo. Era la primera vez que aquello le había ocurrido en su vida.

El profesor hacía su petición con verdadero embarazo, pero sin dar explicación de ninguna especie, lo que tampoco le pedía su madre. Como él era quien lo ganaba, y el dinero que pedía, después de todo, era suyo, la señora Bruchstaedt era demasiado prudente y delicada para no comprender que no debía olvidar que su hijo era ya un hombre de treinta y dos años.

Así se pasaron cerca de cinco semanas, y el mes de Octubre tocaba á su fin, cuando un día la acostumbrada carta de Berlín no llegó, al siguiente tampoco; al otro, por fin, recibió una lacónica carta firmada por una señorita Wniter, institutriz de las hijas de Paula, en la que le manifestaba, en nombre de la señora Ehrwein, que ésta hacía dos días que se encontraba enferma. El médico no había dicho todavía cuál fuera el padecimiento. La señora Ehrwein, que no había podido enviarle noticias suyas los días anteriores, deseaba supiera cuál era la causa de su silencio. Si la enfermedad tomaba un aspecto serio le telegrafiaría inmediatamente; por lo demás, la señora Ehrwein sólo manifestaba un deseo: verlo al lado de su lecho.

Esta carta causó á Gustavo una impresión muy desagradable.

Hablando con toda sinceridad, Gustavo no podía confesarse que le molestaba más, si el estado en que se encontraba la señora Ehrwein, ó el que la señora Wniter estuviese enterada de todo. El profesor quería que su aventura fuera ignorada de todo el mundo, y el creer que era así había sido hasta entonces una idea consoladora; pero desgraciadamente, á juzgar por las pruebas, la cosa no era así, ni mucho menos.

La señorita Wniter cumplió fielmente su ofrecimiento; al día siguiente llegó el primer telegrama: «Sarampión. Síntomas graves por parte del corazón; le ruega venga sin pérdida de momento.»

Ir á Berlín no había ni que pensarlo, y contestó en este sentido. Al día siguiente, el telegrama decía: «Mala noche; mucha fiebre; la enferma os llama constantemente.» Se preguntó en aquel instante con toda seriedad si no debía salir para Berlín en aquel mismo momento; pero no pudo decidirse. El sarampión no es una enfermedad grave.

Si emprendía el viaje, era posible que cuando llegara se encontrase con que Paula había abandonado ya el lecho. No podía, bajo ningún concepto, tomar una determinación semejante por satisfacer el capricho de una mujer que de tal modo desconocía las realidades de la vida. Además, continuó diciéndose, ir á Berlín y no visitar á los Baerwald es de todo punto imposible. Y ¿qué diría su amigo si se presentaba así, de improviso, en Berlín, en mitad del semestre? No le quedaba otro recurso que contarle toda su historia con Paula. No; se quedaría en Bruselas. Y día por día, durante una semana casi entera, recibía un telegrama llamándole y las cartas de la señora, que al hablar de la enfermedad lo hacía en términos muy vagos; hablaban, en cambio, sobre otras cosas de la manera más concreta; lo que hacía sufrir tanto á la señora Ehrwein, más que la enfermedad, era la ausencia de Bruchstaedt.

Por fin, después de un silencio de doce días, Paula escribió de nuevo por sí misma, en un profundo tono de queja.

«Te estoy muy agradecida por el interés que me has manifestado—le decía—; los hombres no son, realmente, buenos. Si quieres tener la bondad de enviarme todos los días algunas palabras, contribuirás á mi curación. Espero que por esto no te pareceré demasiado exigente. Me he propuesto ser tan resignada como sea preciso. Te reitero mi gratitud por tu bondad. Te saluda tu

Paula.»

Y de postdata:

«Creo que esta carta no es tal como debiera ser. Perdona, Gustavo, pero ¿quién tiene la culpa de que yo esté irritada y de que ya no preste fe á juramentos?»

¡Juramentos! ¿Le había él jurado ir á Berlín á su primer llamamiento, sin necesidad ni motivo, en detrimento de todas sus obligaciones? En aquellos momentos no estaba en condiciones para dirigirla reprensiones serias, y procuró, por el contrario, tranquilizarla con frases cariñosas. Esto fué fácil. La convalecencia hacía que tuviera mal humor y que se encontrara predispuesta á irritarse por lo más mínimo, así que era preciso ser tolerante. Se presentaba sentada en el lecho ó en una butaca, vestida toda de blanco, con la cabellera suelta, las mejillas pálidas y casi transparentes; en sus labios se dejaba ver un pliegue de sufrimiento, la mirada triste; los que la visitaban, al verla permanecían silenciosos y la contemplaban emociona-

dos; el médico estaba perdidamente enamorado de ella y no hallaba modo de separarse de su lado; sus amigos, y entre ellos Kornemann (que no había sido despedido), la habían velado constantemente. Todos los días, una señora diferente le enviaba la comida; su cuarto estaba lleno de flores frescas. Sólo él había sido ingrato, por no presentarse en el momento en que lo llamaba; tales eran las frases con que solía terminar las cartas en que le describía la enfermedad.

Paula le había escrito que, en virtud de mandato de su médico, debía beber buen vino de España, pero que temía no encontrarlo legítimo en Berlín. El profesor se apresuró á enviarle media docena de botellas de la mejor marca de Jerez. Repitió sus peticiones, que se apresuró á satisfacer Gustavo, é insistiendo de un modo particular, le manifestó que la señorita Wniter se había portado durante su enfermedad de tal modo, que merecía una ligera muestra de gratitud, pero que desgraciadamente su situación en aquellos momentos no le permitía realizar los impulsos de su corazón. Gustavo comprendió, desde luego, lo que aquello significaba, y le preguntó si podía tomarse la libertad de mostrar el reconocimiento en lugar suyo, y qué sería más del agrado de la señorita. Paula le concedió el permiso solicitado y halló que tal idea por parte del profesor era muy delicada y que honraba su corazón y le aconsejaba enviase á la señorita Wniter un pañuelo de punto de Bruselas, encerrado en

una caja sencillá, pero de buen gusto. En Berlín, según Paula, costaría de veinticinco á treinta francos, pero en Bruselas costó exactamente el doble; mas Gustavo, en cambio, tuvo la satisfacción de leer en una de las cartas de Paula: «La señorita Wniter, está satisfecha de tu obsequio, y te ama, casi tanto como yo misma.» Sin embargo, continuaba diciendo, no fuera á imaginar que con aquel regalo había pagado su deuda; deseaba verlo, poseerlo, y no recobraría la salud ni la alegría hasta haber reposado en sus brazos.

Desde hacía ocho días, la resistencia de Gustavo había ido debilitándose más y más; se sentía dispuesto á capitular con su deber; se haría pasar por enfermo por veinticuatro horas solamente. En cuanto á su madre, le daría una disculpa cualquiera para justificar su viaje de dos días; pero ir á Berlín no; eso ni podía ni quería á causa de los Baerwald.

Para poner término á las quejas y á las incessantes súplicas de Paula, tomó una gran resolución.

Le dijo que no deseaba verla menos de lo que ella le manifestaba en la suya y que estaba dispuesto á visitarla, pero no en Berlín. Lo mejor sería que se encontraran en Colonia, donde pasarían en paz el uno al lado del otro treinta y seis horas.

Esperaba con viva curiosidad cómo sería acogida esta proposición. Paula le contestó:

«Querido mío: Tu proposición me aflige. Sé que me amas, pero la manera que tienes de manifestármelo no me complace; te presentas en tu carta como un enamorado impaciente, no como un hombre que piensa seriamente en una unión posible. Una entrevista de dos días es diferente al juego durante algunos cuartos de hora en un hotel de Magdeburgo. Si estuvieras decidido á hacerme tu mujer, si tú realmente te encuentras dispuesto á llegar á ese término, en ese caso la cosa sería diferente. Yo iría á buscar tranquilamente á mi marido, aunque las circunstancias, por otra parte, hicieran que tuviéramos oculto este mutuo título ante la sociedad. Pero el actual orden de cosas no es ese. Nosotros nos encontramos en un período de duda y de examen, y no podemos permitirnos el lujo de pasarnos unos días juntos para decirnos el uno al otro: «Sabes que tengo el convencimiento de que no puedo vivir sin ti.»

Y daba vueltas á esta idea y la repetía de diferentes modos, y tras unas cuantas frases tiernas, terminaba en los siguientes términos: «Esto es lo que siento; es posible que esté equivocada, y nada deseo tanto como que me demuestres que lo estoy en realidad.»

Esta demostración no le hubiera sido difícil; aquellos escrúpulos por parte de Paula hubieran estado justificados antes de las entrevistas en el hotel de Magdeburgo, pero entonces no eran otra cosa que una afectación ridícula; pero no le dijo

nada, dominado siempre por la idea de que no debía molestar su amor propio. Se limitó á contestarle que tenía razón, y que estaba obligado á desistir de sus propósitos, en vista de las razones expuestas, y le suplicaba que le perdonase.

Esta conducta sorprendió mucho á Paula. Le censuró su inconstancia y su frialdad, asegurándole que no tendría, en realidad, mucho deseo de verla; á lo que le contestó el profesor que en vista de que su proposición le había disgustado, no volvería á hacerle ninguna otra, lo cual hizo que Paula variase de táctica.

«Mi querido y adorado Gustavo—le contestó—: Puedes disponer de mí: haré cuanto creas prudente. Debemos vernos y hablar, cosa que cada día considero más indispensable. Por lo tanto, decide; si quieres que nos veamos en Colonia, me encontraré allí la semana próxima. Nuestra situación no es normal, y cometo una tontería al quererme sublevar contra ella.»

Se tomaron las medidas necesarias, y el último viernes de Noviembre tomó á las once de la noche el tren para Colonia. Antes tuvo que pasar un mal rato, y más cuando anunció el viaje á su madre y le pidió una fuerte suma. La buena mujer cogió de un armario los billetes de Banco y se los presentó con temblorosa mano; al mismo tiempo le dirigió una mirada, que el profesor no tuvo fuerzas para resitir. Su madre no le preguntó nada, ni él le dijo nada tampoco, pero el silencio de la po-

bre mujer fué lo que le causó mayor sufrimiento. ¿Qué podría pensar de todas aquellas cosas nunca antes ocurridas? ¡Cuánto no hubiera dado por adivinarlo ó por saberlo!

Después de una noche de insomnio, llegó á Colonia á las cinco y media de la mañana, y esperó dos horas y media el tren de Berlín. Fatigado por la falta de sueño, tendido, procuraba ganar el tiempo pensando en aquella mujer que le inspiraba deseos sensuales durante dos días y una noche; por fin, el silbato y la campana resonaron, y el tren entró en la estación.

Gustavo, al salir á la plataforma del vagón-litera, vió á Paula que le sonreía; llevaba un estrecho abrigo con varias esclavinas y un sombrero de pieles. Estaba pálida, pero no tenía el aspecto de sufrimiento como cuando se separó de ella en Magdeburgo.

—No se nota que hayas estado enferma—le dijo tan luego como puso el pie en tierra.

—Me he restablecido pronto—contestó con su armoniosa voz, al mismo tiempo que lo miraba con sus grandes ojos azules, sonriendo.

—¿Y ese es todo tu equipaje?—añadió, indicándole el saquito que llevaba en la mano sin el menor esfuerzo.

—¿Crees que viajo siempre con una docena de bultos, como cuando fui á Magdeburgo? Con un estuche de limpieza basta para excursiones de esta índole.

Se dirigieron despacio, cogidos del brazo, hacia el hotel de Dome, que distaba algunos pasos solamente, donde habían tomado una habitación por adelantado. Paula había enviado de Berlín á Colonia una petición al dueño del hotel, firmada con un nombre supuesto. El hotel, en aquella época del año, estaba casi vacío, y los criados colmaron de atenciones á nuestros viajeros, los que, una vez terminada la inscripción en el registro para la policía, se encontraron solos en un magnífico salón del piso principal, en cuya amplia chimenea ardía un hermoso fuego. Entonces pudieron besarse y acariciarse á sus anchas, y las impetuosas ternuras de Gustavo no daban tiempo á Paula para desembarazarse de sus ropas exteriores.

Cuando se hizo posible una conversación razonable, Paula dijo á su amante:

—Tú me haces emprender estos viajes de placer, mi querido ingrato; en Berlín no sospecha nadie que yo estoy fuera; á las visitas que vayan hoy y mañana, se les dirá sencillamente que no estoy en casa; esto no podrá parecer á nadie extraño; la señorita Wniter sólo sabe la verdad.

—Esa señorita parece que está al corriente de todo—dijo Gustavo con acento de disgusto.

—¿No te agrada eso?

—¿Y á ti?

—No; pero la cosa es inevitable; he tenido que franquearme con una mujer que vive bajo mi mismo techo; yo no puedo, dentro de mis cuatro pa-

redes, llevar una vida de disimulo y reserva; por otra parte, á la señorita Wniter no podía menos de extrañarle ver llegar todos los días una carta de Bruselas y numerosos encargos. Le he dicho del modo que nos hemos conocido y amado, añadiéndole que nos casaremos, si no cambia nuestra manera de pensar. No te enfades, querido mío, la cosa no te compromete; en todo caso á mí.

—Eso no es suficiente.

—Á no dudarle, pero yo acepto gustosa las consecuencias; si más adelante nos pertenecemos el uno al otro, la vergüenza de la falta, si puede decirse así, caerá sobre mí exclusivamente. Porque yo soy la que me he comprometido, y la señorita Wniter sabrá que eres tú quien no ha querido.

Aquel día no pusieron el pie en la calle; comieron en su habitación, servidos por los criados y las doncellas, que les dispensaban todo género de atenciones; los habían tomado por un matrimonio que viajaba durante la luna de miel, y á Paula, á quien no se le escapaba nada, le resultó la cosa muy graciosa. Estaba alegre, con una alegría casi petulante; como Gustavo no la había encontrado nunca.

Unos cuartos de hora de amor rabioso alternaron con unas horas de charla de que no hubiera tenido que avergonzarse el ilustre y libre amigo de Pericles. Los transportes amorosos se sucedían sin descanso; tras unos momentos de conversación razonada y formal se sentían colegiales: Paula ha-

blaba de la exposición de artes, de sus adelantos en la pintura, de las veladas á que asistía; imitaba con aire picaresco, pero con bastante gracia, á todos sus conocidos, no sólo en la voz, en los gestos y en los ademanes, sino hasta en su manera de ser y pensar; á lo mejor se sentía sentimental y recitaba estrofas de Heine ó de Geibel, ó cantaba en voz baja, con dulzura, melodías populares rusas. Luego, á lo mejor, Gustavo la cogía en sus brazos y la acariciaba con verdadera furia, hasta el punto que la joven le pegaba con cólera cómica y murmuraba á su oído en voz baja: «Antropófago.»

Para Bruchstaedt, aquella era su primera aventura amorosa; en sus anteriores lances de amor de estudiante del Rhin, había obrado siempre como un escolar travieso que se encuentra bajo el dominio de la vigilancia materna, y ninguna mujer le había interesado hasta el punto en que se hallaba ahora.

El sentimiento que puede experimentar un león cuando lleva una presa á su cueva, el triunfo de la posesión no turbada, el goce hasta la saciedad, lo sentía por primera vez; y aquella situación despertaba en su alma y repercutía en todo su ser las emociones que no le habían inspirado nunca ni la poesía ni la música. Las horas se pasaron como en un sueño, y al llegar la noche Gustavo preguntó á Paula, cogiéndola en brazos y besándola repetidas veces:

—¿Estarás siempre tan encantadora como hoy, adorada mía?

—Para ti seré siempre como ahora.

Rodeó con ambos brazos el cuello de su amante y reclinó sobre su pecho su dorada cabellera.

El día siguiente decidieron, después del desayuno, salir á dar un paseo por Colonia, que Paula no conocía. Durante esta excursión, Gustavo no se sentía del todo tranquilo, pues como había dado en la población varias conferencias, temía encontrarse con alguien que le conociera. Sin embargo, enseñó á Paula la catedral y el Rhin, y ya no le quedó tiempo más que para visitar las galerías del museo de Wallraf. Se había pasado el tiempo con tal rapidez, que cuando se dieron cuenta se encontraron con que había llegado la hora en que Paula debía emprender el regreso.

Gustavo, entonces, con verdadera contrariedad, se creyó en el caso de tocar una cuestión sumamente prosaica y verdaderamente espinosa.

—Perdona, Paula; yo no quisiera herir tu delicadeza, pero es de todo punto indispensable que hablemos con franqueza. Tú has tenido que imponerte sacrificios para realizar este viaje. ¿Quieres decirme?...

Sin la menor señal de embarazo y con voz tranquila, la joven indicó una cantidad, en la que se incluía, no solamente el precio del vagón-litera, sino también el del carruaje de ida y vuelta. Paula estaba en contabilidad á gran altura.

—Dame tu portamonedas—le dijo Gustavo en voz baja, al oído.

La joven se lo entregó.

Gustavo puso en él una cantidad, volviéndose y colocándose de modo que no pudiera verse lo que hacía, y colocó el portamonedas en el bolsillo del vestido de la joven.

—¡Niño!—exclamó sonriendo y soltándole el brazo.

Y se apresuró á colocar el portamonedas en su sitio.

En el momento de la partida, el profesor se sintió muy conmovido; á Paula no le sucedió lo mismo.

—¡Dos hermosos días!—dijo con entusiasmo.

—Sí; es preciso que se repitan con frecuencia.

—Eso no será fácil.

—A ti no te resulta nada fácil, es tu defecto. Pero el león ha gustado la sangre y no hace falta nada más. Tú no tienes otro remedio que someterte á mi capricho, y ahora que lo has hecho, no te queda otro camino que continuarlo.

—Es que yo necesito oponerme á tus caprichos.

—Eso es lo que yo no temo, querido mío. Desde hoy, yo no puedo pasar un mes sin verte. Eso sería imposible. Al venir á Colonia lo he hecho con cierta inquietud. No te conocía. Es siempre una prueba peligrosa pasar treinta y seis horas, sin interrupción, al lado de un hombre, prueba que tú has soportado heroicamente; me separo de ti más enamo-

rada que vine, querido mío, pero esto te crea nuevos deberes.

—Los antiguos prevalecen, mi querida Paula.

—Serán destruidos por los nuevos, amado mío, ten la seguridad. La segunda visita me la harás en Berlín.

—Imposible.

—Te digo que me la harás.

El profesor se sonrió con incredulidad.

Paula lo hizo con aire de triunfo.

Era la hora. Debían salir del hotel por ante los rostros sonrientes y aduladores de los criados y llegar pronto á la estación. El tren en que debía marchar Gustavo salía algunas horas después del en que se iba Paula.

—Ahora no puedes hacer otra cosa que pensar en mí—le dijo después de los últimos besos—. No harás lo que en Magdeburgo. Para estar segura, te voy á dar un trabajo mientras llega la salida de tu tren. Hazme unos versos, y envíamelos hoy mismo, ¿quieres?

—¿Por qué no?

El tren se puso en movimiento; la joven estaba en la plataforma del vagón-litera, y continuaba mirando á Gustavo con mirada fija y serena. El profesor parecía estar muy triste, y en sus ojos había una expresión de angustia. Durante todo el tiempo que pudo verla, la fué siguiendo con las miradas. Cuando hubo completamente desaparecido, se sentó á una mesa y pidió recado para escribir.

Cuando llegó la hora de la salida del tren en que el profesor debía emprender el regreso, el último capricho de Paula estaba satisfecho.

Gustavo había descrito en sentidas estrofas toda la amargura que había derramado en su alma la separación de su amante.